



"Los rostros ardientes"

He aquí un libro que abre desde la primera página, introduciéndonos en un universo en que el escenario, en la última guerra mundial —y los personajes ubicados en París, Bretaña y Alemania— se van diluyendo en una evocación personal y confidencial, que hace palidecer la trama en un cúmulo de observaciones y evocaciones subjetivas. Hasta dejarnos al fin solo el recuerdo de un viaje a través de una emoción.

Las condiciones de Mender, en esta obra editada por Pomaire, demuestran, como acertadamente lo señala Pedro Lastra en un comentario que se añade al libro, que el autor "imprenta por la eficacia y la responsabilidad de esta escritura, que rebuje las facilidades y asume los riesgos de una reescritura continua y que es también, y esencialmente una búsqueda: la del espacio donde las dimensiones de la ficción y de la ensayística, se reúnen y se funden con plenitud".

Porque, en realidad los tres muertos en que el autor vive, y que va haciendo aparecer ante nuestros ojos, son el París de la ocupación alemana, con todo su tortura y sus privaciones; la Bretaña del mar y de los pescadores; y, en fin, la Alemania nazi durante el régimen nazi, la persecución a los judíos y, entre tanto dolor y angustia, una delicada página recordatoria del gran Goethe, cuya aniversaria, de los ciento cincuenta años de su muerte, acaba de ser tratado a la memoria del mundo en estos días.

La páginas de París revelan un conocimiento íntimo, casi intuición de los rincones bohemios y de los barrios pobres de la gran capital. La simpatía por los "clochards", la imagen del original Cato y de su compañera Anita, las penas policiacas de los guardias que debían secundar a la Gestapo, salpican el relato, pero, lo fundamental está en la familiaridad con la vida oscura del paríso pobre, luchando por sobrevivir y sumergido en su latencia de artista rebelde.

Hay, y en esto cabe hacer un reproche al autor, una exagerada exhibición de su familiaridad con París. Calles, lugares, barrios, son revisados con incisividad y con fuerza a que el escritor quiere hacer gala de su familiaridad con toda la ciudad, con el Sena, sinuoso y extendido como un brazo en torno a la urbe, la Plaza de la Concordia, Notre Dame, los Champs Elysées, las Tuilleries, adquieren una animación que resuena "entre el amor y la amargura" (p. 10).

que un día nos encontramos al final de caminos ciegos, de rutina que ya no nos llevan a ningún sitio. En esos inútiles empresas destramos y desperdiciamos nuestro único tesoro, la paz para beber nuestra copa de tiempo, que solo podemos beber una vez y nunca más". No hay esperanzas en André, pero si una mentalidad, que el narrador no sabe identificar, de infinito, de eternidad, que aquél en el paso terriego no nos puede calmar, pero que ya por su vacío está atendiendo al buceo de una forma que algunos encontramos, pero que otros perciben como una sombra fugitiva e inacabada.

Tampoco faltan las leyendas, tan fecundas en Bretaña, con evocación de aparecidos, muertos que una especie de ente misterioso atañe con su sola presencia, como en ese episodio del encuentro de Jean Guervach con el cartero de "La Carretera de Anku", símbolo de un poder misterioso, que no tiene rostro y es apenas una calavera, envuelta en una "adagiosa capa". Es la muerte que llega: "El Anku, el fatal cartero devoró su carreta y con pasos que no tembló eco, se encamino hacia el bosque a buscar su mercancía. François Le Goret, de Point L'Abbé, ya no asesinado, con el corazón destrozado por una putada. El Anku luego con sus manos en la carne aún tibia, y luego de extraer el alma, la colocó con cuidado bajo su manto".

Todo está bien narrado, con sobriedad, con breves toques casi impersonales, que le dan más honesta y mayor relevancia. Igual acontecerá con las páginas sobre Alemania, donde encontraremos esta descripción de un bosque, por donde caminan dos amantes: "El sendero descendente y largo vuelve a repicar entre los árboles. Hay momentos en que caminan bajo una verde cúpula. Otras veces el paisaje se despeja y se divisa el horizonte. La luz adquiere de pronto el tono de un metal sombrío y se apodera del bosque el silencio que precede a la tormenta".

Los efectos analizan sus rumbos y la savia se detiene en el corazón del tronco. El ambiente pesa como un toldo de ojos angostos, hasta que trumpan el rayo y el trueno. Las hojas que rebumban son sacudidas con violencia por la lluvia y el viento. Los árboles giran largamente agitando y golpeando su ramaje. Se siente el chasquido de la madera que se derruga.

Los rostros ardientes" [artículo] Fernando Durán Villarreal.

Libros y documentos

AUTORÍA

Durán Villarreal, Fernando, 1908-1982

FECHA DE PUBLICACIÓN

1982

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los rostros ardientes" [artículo] Fernando Durán Villarreal.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)